



scribe el novelista Carlo Levi que la tragedia del mundo moderno es la pérdida del hogar. Acaso sea escalofriantemente cierta esta afirmación, esta desesperanza cada día más evidente. Y, sin embargo, nos queda la palabra, como proclamara, igual que se pone en par un evangelio, aquel otro. Y la palabra, ya se sabe, tiene mucho de hallazgo permanente con las raíces personales del ser, y la mesa encendida del corazón. Por acá, pese a todo, somos muy pertinaces y hogareños, nos sabe a tierra viva el pan casero, y, huelen las muchachas a candeal, porque cada verano trasluce más el horizonte, hojalá pudieramos ponerles, por los siglos de los siglos, un cardo de bronce entre las manos para que madruguen más las amapolas.

Desde la ría de Puget Sound y el lago Washington, comiendo queso y vino manchegos, comprados en el barrio, Angel Crespo y Pilar Gómez Bedate nos escriben diciéndonos que siguen trabajando inspirados por los recuerdos de quién y dónde son, nostálgicos como siempre de lo nuestro, de lo suyo. Es, ahora mismo, la Mancha, esta tierra abierta y disidente sobre el calor ancho del estío redondo, una inmensa patria general en la que no queremos perder el hogar ni la palabra. Vamos a ver, Angel, si como deseas, esta revista sigue publicándose por los siglos y de los siglos, y vienen los paisanos a calentarse los dedos de las manos en la lumbre extática y definitiva de la cardencha en flor de Juan Alcaide, con el que comenzó la cosa. Algo de esto nos desea decir Félix Grande cuando nos grita que "ejercer el poema es una forma de estar arrebujado en nuestra especie". Cómo nos emociona a los de "Jaraíz", en Tomelloso, echarnos a la espalda los caminos de la llanura, sus majanos y su vocabulario, para tratar de conseguir que los poetas tengan cabida en el corro del zurra y el entretenimiento del espíritu. Porque sin espíritu no hay casa, ni taburetes, ni un poyo blanco de cal donde descansar el vaso de la alegría. Persistimos, claro, en nuestro propósito. Y los cardos continúan subrayando los renglones de la canícula. Hay que estar, Rafael Alfaro, cómo no, permanentemente retornando al país de las viñas con la indefinible ilusión de que los trenes de Eladio crucen por Río Zancara trayéndonos a la memoria el sentimiento y el azulero de la casa. Anhelamos la poesía como casa común, abiertos sus porches y sus corrales grandes a la querencia que el paisaje comunica, en esta estación del año en la que los seres tranquilos, modestos y luminosos se dijera que están más encontrados, y la Mancha es mucho más acogedora, porque vuelven más clarificados los recuerdos.

Como humorizaba por acá, Juan Alcaide: "Humoricemos, ay, a nuestro modo. Intentemos ridiculizarnos un poquillo. Paseemos a nuestra Dulcinea -la eterna Poesía- sobre esa larga carcajada...